

LA DELIBERACIÓN SOBRE EL ESPACIO VIVIDO: EMPIRISMO Y COMUNICACIÓN EN LOS PAISAJES POSTMODERNOS

Pascual Riesco Chueca

1. PREDISPOSICIONES CULTURALES CONTEMPORÁNEAS Y LA CUESTIÓN DEL PAISAJE

En la configuración del espacio cultural, la cadena de actitudes que parte de lo pre-moderno hasta llegar al momento actual se ha venido caracterizando con distintas palabras clave. Inicialmente, la confianza en un orden extenso anterior y sobrepuesto a lo humano puede entenderse como fe en la Providencia; durante la plena modernidad, esta fe se trasvasa parcialmente al progreso, su equivalente secular (Lyon: 127), y se consolida la seguridad en un crecimiento, en todos los sentidos, de la humanidad; las etapas más recientes se han descrito con términos de distinta coloración: fragmentación, multi-culturalidad, pensamiento débil, intertextualidad, nihilismo, sospecha. En todos estos descriptores se alude a hechos como la proliferación de cauces culturales, los injertos discursivos, el relativismo, la pérdida de fundamentos, la metafísica de la ausencia y los riesgos de confusión babélica. La secuencia providencia-progreso-vacío, sea cual sea el identificador de lo contemporáneo, sigue ofreciéndonos una descripción plausible del camino recorrido.

Lo postmoderno incluye rasgos como el rechazo de las teorías universales y teleológicas, derivadas en gran parte de la Ilustración, sobre el progreso y la razón, el desenmascaramiento de los postulados referentes a vida social, naturaleza humana, verdad y certidumbre -entendidos como meras estrategias de poder-, o la sustitución de la insistencia en el sujeto y la

conciencia por un redoblado hincapié en el lenguaje como juego intersubjetivo. Antes que declarar la alarma por un conflicto, la teoría postmoderna tiende a sospechar de los procedimientos cognitivos que conducen a clasificar algo como alarmante y a reclamar la consecuente acción común al respecto. Para Baudrillard (1981: 229), el postmodernismo es la catástrofe del modernismo, un “inmenso proceso de destrucción de significado”.¹ Si los modernos insisten en la responsabilidad de actuar, los postmodernos, en la responsabilidad de reconocer la alteridad (White, 1991). Se registra una intensa crisis de la cultura común (tanto la cultura de masas como la alta cultura académica y artística), un enfoque hedonista o narcisista, una labor de zapa del sujeto falsamente universal de la modernidad: a saber, el varón occidental heterosexual y sin minusvalía. Se prodigan reconstrucciones parciales de la teoría que intentan enmendar la supuesta omisión de variables de género e inscripción corporal (*embodiment*) y superar los hábitos suprematistas de las naciones coloniales.

¿Cómo afecta la pluralidad babélica de discursos y tribus a la relación con el entorno? La mirada postmoderna a la naturaleza y al espacio es más sociocultural que científica; concede suma atención a los juegos de lenguaje y a la construcción de discurso; insiste en la alteridad y la diferencia; problematiza la biodiversidad y la sostenibilidad; muestra líneas de fractura y oscuridad; subraya la dimensión inescrutable, no familiar, particularizada de la vivencia humana; pone en solfa el supuesto cosmopolitismo de base occidental; explora de forma incesante y lúdica nuevos moldes de conducta.

La espacialidad que emerge ha sido descrita por distintos autores, destacadamente por Terkenli (170), quien

1) La traducción de todos los textos citados es del autor, salvo que se avise de lo contrario o la obra referenciada sea la versión española del original.

señala algunos atributos principales. Las nuevas relaciones socio-económicas renuevan los esquemas geográficos; caen las barreras asociadas a la distancia y al ensimismamiento de los lugares, apareciendo nuevos modos de apropiación del espacio; se recombinan las esferas de trabajo, hogar y ocio mediante nuevas formas de vida; se funden y recombinan las esferas asignadas a lo privado y a lo público; se generaliza y acelera el tráfico de bienes simbólicos, estructuras, servicios y prácticas; y lo visual adquiere prevalencia sobre lo textual.

La interpretación del espacio también se fragmenta: la geografía deja de ser descrita como repertorio de valores evidentes en sí mismos (concepción esencialista) y pasa a ser materia prima para la elaboración de relatos de uso y validez restringidos. Múltiples discursos solidifican conformando un único espacio (Schein: 663). De ahí la posibilidad de iniciativas aislacionistas, que recrean su espacio basándose en idiosincrasias de grupo o de localidad. El bio-regionalismo, una forma limitada de ciudadanía ambiental, se circunscribe al marco localista y sectorial; la adhesión de una porción del globo a un modelo de acción es libremente negociada por sus habitantes y sin imposición hacia fuera: en caricatura, se trata de poco más que una iniciativa jardinera con la que deleitar los ocios de un barrio de la humanidad.

De ahí una posible colisión contra el edificio de prioridades y lealtades en que se basa la lucha de ecologistas, patrimonialistas y defensores del paisaje o el territorio: ¿cómo evitar que la interpretación de los conflictos ambientales como meras construcciones culturales tenga un efecto desmovilizador en las bases sociales?; ¿cómo conciliar los límites de la acción regional con las imperiosas necesidades de coordinación planetaria ante los riesgos ambientales?; ¿cuál es el fundamento que permitiría asentar una acción colectiva para impulsar el

buen paisaje y la vida buena? La insistencia postmoderna en las líneas de fractura y oscuridad, en la dimensión inescrutable, no familiar, particularizada de la vivencia humana; la crítica al cosmopolitismo de base occidental; la exploración incesante y lúdica de nuevos moldes de conducta: ¿son compatibles con la acción firme y coordinada que la crisis ambiental y el desorden espacial parecen exigir?

En la desintegración argumental de la época, un plantel de voces aspira a hacer su propia descripción del mundo: ecología radical, feminismo, fundamentalismo religioso, nacionalismo, etnicidad, localismo, ambientalismo, movimientos de identidad sexual. Para el geógrafo David Harvey, el capitalismo tardío es una fábrica de fragmentación: la compresión espacio-temporal introducida por los cambios tecnológicos debilita las identidades, pero el mercado fomenta la pluralidad para crear nichos de consumidores, vertebrados en torno a distintas opciones de moda y gusto, que a su vez sustentan neo-identidades (Harvey, 2000). Esta proliferación de cauces tiene su correspondencia en la pluralidad de percepciones y de respuestas suscitada por la crisis ecológica. En un conocido ejemplo, Mary Douglas (2002) define la contaminación como “materia traspapelada”. Si la clasificación de algo como suciedad presupone la existencia de un orden simbólico y se acepta la plural coexistencia de muchos órdenes, libremente adoptados, no podría llegarse a un consenso acerca de lo que es contaminación. Tomados en su total radicalidad, el pluralismo y relativismo postmoderno impedirían la acción colectiva.

En suma, ante la generalizada fragmentación y fugacidad de la cultura actual, es legítimo pararse a preguntar si el lenguaje, con su pluralidad de juegos, puede suministrar un comportamiento eco-adaptativo (Oelschlaeger, 2001), o en

el sentido más amplio, favorable a la calidad del paisaje. Si extraemos de la literatura la consigna de Mallarmé -“donner un sens plus pur aux mots de la tribu”-, se trataría de encontrar áreas para una conciliación entre la aparentemente irresoluble heterogeneidad cultural del momento y las necesidades de acción colectiva dictadas por la presión ecológica y la exigencia de dignificar el hábitat humano.

Pese a la contradicción aparente entre el encuadre relativista de la postmodernidad y la llamada, desde la ciencia ambiental y territorial, a una acción colectiva urgente, hay matices que permiten la negociación. En primer lugar, el grado de consenso es mucho mayor en la praxis que en la doctrina. La teorización académica postmoderna, y en particular el constructivismo radical, se ven parcialmente desmentidos por la acción práctica de sus propios paladines, que ante una emergencia fundada organizan sus respuestas adoptando los mismos criterios de certidumbre que el más cándido realista ontológico. A partir de cierto nivel de alarma, las evidencias acerca de la mala salud del planeta se abren paso, sean cuales sean los fundamentos epistemológicos que las sustentan. En los estilos gestores y planificadores se registra cierta apertura a la enseñanza ecológica en lo tocante a ciclos, equilibrios, adaptación y supervivencia. Por el otro lado, de la aportación teórica del postmodernismo, algunas contribuciones son indudablemente productivas para la gestión del territorio y el medio ambiente. Un relativismo estimulador y no paralizador es posible; la visión desde los márgenes es intrínsecamente creativa; el principio de extensión a la alteridad puede ser contemplado como un ensanchamiento hacia los derechos de otras especies; y, finalmente, es innegable la función creativa del discurso, como molde en el que ahormar hipótesis y conformar pedagógicamente los resultados científicos.

Se abre, pues, un extenso campo de debate, en el que urge suavizar la colisión entre los presupuestos ideológicos de ambas corrientes, postmodernismo y ecología -combinada ésta con el encuadre patrimonial y paisajístico-. Una primera convergencia se advierte en el plano de los métodos y estilos. Una figura plenamente contemporánea, la ONG, es apta para ilustrar simultáneamente la flexibilización doctrinal y el relativismo postmoderno, así como la acción colectiva en respuesta a problemas consensualmente admitidos como tales por el cuerpo social. En la toma de decisiones y la elaboración de proyectos, la incorporación de disciplinas múltiples se combina con esquemas cada vez más laberínticos de participación colectiva. La tesis que emerge sería por lo tanto ésta: si ecologismo, patrimonialismo o paisajismo, por un lado, y postmodernismo, por el otro, se oponen frontalmente en su fundamento doctrinal, no sucede lo mismo en el plano de la acción, donde algunas observaciones recientes permiten albergar esperanzas de conciliar ambas corrientes en una *pragmática territorial* basada en la densa negociación social y en la busca empírica y comunicativa de valores compartidos.

1.1 EL PAISAJE, SEDIMENTO DE LA PLURALIDAD

La perspectiva ecológica admite una ampliación a la luz de un concepto que ha adquirido creciente relevancia en las últimas décadas: el paisaje. El encuadre ecológico, no obstante su radical pertinencia, es asumido sólo por una fracción de la población, y el resto se distribuye entre posiciones de hostilidad, incredulidad, indiferencia o -muy frecuentemente en ámbitos políticos- adopta las actitudes que sagazmente ha bautizado la lengua inglesa como *lip service* (elogios de boquilla) y *cosmetic compliance* (acatamiento superficial, maquillaje

ambiental). La categoría de lo paisajístico permite captar un número mayor de voluntades al ensanchar la descripción de los fenómenos espaciales mediante una detenida consideración de lo cultural, en sus manifestaciones artísticas, históricas, etnográficas, sociológicas; y al conceder una atención detenida a la contribución del espacio a la calidad de vida. Lo territorial deja de ser entendido como mera plataforma sustentadora de procesos y funciones para elevarse a marco de calidad y dignidad para la vida humana.

El giro hacia el paisaje, partiendo de una hegemonía primera de los valores y conceptos ambientales, puede entenderse, en un sentido amplio, como un gesto postmoderno. De algún modo, se abre paso la dimensión perceptiva, incluso constructivista, de la envolvente espacial. Sin dejar de lado la consideración del entramado de vínculos materiales, de base ecológica, que componen el sistema espacial, la categoría paisajística trae al primer plano los aspectos relacionales, intertextuales, así como la naturaleza irreduciblemente compleja y negociada de la percepción.

En un momento dominado por lo fragmentario y lo efímero, la cuestión del paisaje adquiere una destacada presencia como testigo cultural. Si para Nietzsche la verdad se reduce a la solidificación de viejas metáforas, análogamente el paisaje ha podido entenderse como solidificación de viejas prácticas espaciales. El carácter de un lugar viene forjado por acumulación de trazas y sedimentos que la historia de usos y aprovechamientos ha impreso sobre un fundamento natural. Tradicionalmente, la mera referencia a un proceso sedimentario parece sugerir la convergencia hacia una asíntota formal y simbólica: el carácter paisajístico sería, por lo tanto, una herencia estable y consistente. Ahora bien, la proliferación y fugacidad de las formas contemporáneas determina una

construcción de paisaje radicalmente diferente. La rápida evolución de las prácticas espaciales, la desmedida potencia transformadora y la apertura de cauces discursivos aislacionistas dictan mutaciones y modos de inscripción y lectura que impiden propiamente la sedimentación y, con ello, la fijación del carácter. “La globalización es esencialmente, «acción a distancia»: la ausencia predomina sobre la presencia no en la sedimentación del tiempo sino a causa de la reestructuración del espacio” (Giddens en Beck, Giddens y Lash: 123). O, desde otro punto de vista, el territorio se constituye por solidificación de muchos discursos disjuntos, activados desde distancias variables, que sucesivamente fraguan y se derriten superponiendo una maraña de textos de validez no universal. Tal simultaneidad de textos complica la lectura del paisaje, dificulta el compartir significados y valores, y desestabiliza la fisonomía y la carga simbólica de los espacios compartidos. En esta ausencia que prevalece sobre la presencia, causada por la acción de lo lejano sobre lo local, puede verse uno de los motivos del debilitamiento del carácter paisajístico, que se ofusca debido a la contaminación de escalas y a los continuos injertos espaciales.

La geografía cultural, en el marco de la denominada *non-representational theory*, aspira a desplegar una visión del espacio a través de los afectos y acciones que en él se desarrollan. Intenta deducir el molde escénico a partir de las tramas, dispersas y plurales, que ocurren en su seno: “el acento se pone en cómo la vida toma forma y gana expresión a través de experiencias compartidas, rutinas diarias, encuentros fugaces, dinámicas corporales, detonantes pre-cognitivos, habilidades prácticas, intensidades afectivas, afanes recurrentes, interacciones comunes y predisposiciones sensoriales” (Lorimer: 84). Innumerables estudios abordan el hecho espacial por la

vía indirecta, prestando atención a itinerarios, interacciones, rituales y rutinas que enhebran la vida cotidiana con los puntos del espacio vivido, para convertirlo en un paisaje hecho cuerpo, *embodied landscape*. Estos modos de aprehensión permiten ir más allá de un entendimiento meramente visual del paisaje: nuestra apreciación no ha de limitarse a un encuadre, sino que puede recrearse en la totalidad de tramas y acciones; no estamos delante de una foto, sino que asistimos a una pieza teatral (Rolston: 239).

La dependencia entre paisaje y cultura es de doble sentido. Así como, para Simmel, una metrópolis tenía un efecto distintivo sobre la vida mental de los que en ella residen, así el paisaje en rápida evolución de nuestro tiempo trae consigo consecuencias notorias sobre nuestra cultura. El desorden, la acumulación, la improvisación son notas dominantes de la escena territorial contemporánea. Los anclajes afectivos dejan de tener durabilidad o garantía: un árbol viejo o un camino antiguo pueden sufrir en cuestión de horas una tala o una remoción completa. El horizonte puede alterarse en escasas semanas con melladuras profundas o deformes excrecencias. En esta metamorfosis, cambian las cosas y también los fundamentos: “uno puede lamentarse por la desaparición de muchas cosas que son hermosas, nobles y elegantes y, sin embargo, sentirse satisfecho porque las disposiciones sociales que han dado lugar a dichas cosas haya desaparecido” (Heller: 16). Pero la desaparición de las bases sociales y culturales de elementos que nos deleitan -por ejemplo, los bancales serranos, las cercas de piedra o las techumbres de paja de centeno- no ocurre sin consecuencias. Desaparecido el fundamento social, el *habitus* del cual el paisaje era un epifenómeno, las formas sensibles con que se nos manifiesta el medio empiezan a resquebrajarse, a tender hacia nuevos equilibrios, o a flotar

en esta confusa provisionalidad acumulativa que caracteriza a muchos espacios contemporáneos.

1.1.1 Ingredientes postmodernos en la categoría paisajística

Diferentes apuntes sobre la postmodernidad son extrapolables a la reflexión sobre el paisaje, entendido éste como manifestación sensible del espacio, tanto el directamente vivido en la práctica cotidiana como el que compone un fondo simbólico o sustentador de la humanidad.

Una de las líneas de interpretación se centra en las categorías de base lingüística (virtualidad, hiperrealidad) exploradas por la trayectoria teorizante de Baudrillard (1972). Los signos empiezan a circular con la misma frenética fugacidad de las mercancías; se vuelven sistemáticos y repetitivos, y terminan por emanciparse por completo. Difuminada la distinción entre los objetos y sus representaciones, queda el simulacro; una caseta o un mesón rociero, estructuras de restauración ensambladas para evocar escenas de un pasado comunal idealizado que, en gran parte, se ha fabricado con esencias mediáticas, tienen en común con un decorado teatral el carácter postizo de su materialidad arquitectónica: son, por lo tanto, una representación; sin embargo, están pensadas para perdurar como objetos. Como los numerosos bares temáticos donde se reproduce una ilusión espacial, son máscaras habitables, que ofrecen un espacio cuyo diseño pretende evocar otro espacio. En el ámbito extenso, este fenómeno alcanza su máxima expresión en la reciente tematización completa de determinados paisajes, esto es, la producción de grandes escenarios sobrepuestos al basamento físico-natural, en los que se aspira a componer mundos virtuales de raíz mediática. En su forma extrema equivalen al mapa sobrepuesto a la realidad y

que termina tapándola. El artificio humano adquiere tal poder que puede sepultar los fundamentos y extender sobre la faz de la tierra, como un mantel, sus propias producciones. Ello equivale a convertir el suelo en pantalla gigante y a reformular el trato con los paisajes disolviéndolos en un hipertexto, ya desligado en gran parte de la obediencia hacia los fundamentos materiales e históricos.

Por otro lado, un diagnóstico frecuente sobre la contemporaneidad, que ve en ella una realidad que se descompone o se deshace en imágenes, tiene evidentes correlatos en nuestra relación actual con el espacio vivido. El tránsito desde el logocentrismo al iconocentrismo, del discurso a la figura, se manifiesta también en esta profusión de estampas paisajísticas, auténticos comodines para el póquer comercial, con que nos obsequian los medios. En la misma medida en que progresan las técnicas de fabricación de imágenes, aumentan las posibilidades de filtrado y descontextualización. La publicidad suelta el anclaje entre los paisajes y su territorio para usarlos como meros decorados mudos y sugerentes, sin denominación ni gravitación. Las innumerables formas de la ruralidad europea, con su riqueza de matices y diferencias, son amasadas en un híbrido de indistinta ruralidad mediática. Tales imágenes flotan en un limbo en el que el origen local se deshace dentro de un marco de preferencias global. La capacidad de descarte y montaje se ve acrecentada por la creciente agilidad inherente a los medios de transporte, que permiten el rebobinado y avance rápido del texto paisajístico. Los efectos espaciales se improvisan, mediante raudas operaciones de amueblamiento rural o de reordenación del parcelario. El narcisismo colectivo se ve gratificado al convertirse el espacio en una “extensión mágica” del individuo (Craib: 110) donde se despliegan,

gracias a un mercado adaptado a las demandas, estrategias de satisfacción para el público consumidor.

Ello enlaza con la distinción, repetidamente expresada en estudios recientes sobre paisaje, entre un paisaje entendido como fondo escénico y decorado, o como marco vital y espacio vivido (Luginbühl, 2001). La expansión del hábitat individual, y con ello las exigencias crecientes que recaen sobre la función del espacio como marco vital, derivan de nuevos patrones de acceso y residencia. Nuestro contacto con el paisaje cambia de *tempo*, merced a un uso del territorio regulado por modos más ágiles y ramificados de penetración en el espacio, y pautas de residencia complejas, que van más allá del movimiento pendular de trabajo a casa. De ahí la creciente necesidad de instrumentar lo que los teóricos franceses han denominado el derecho del urbanita a mirar el campo.² Al mismo tiempo, la mayor extensión cubierta debido al continuo viajar, que incrementa la dependencia espacial y por lo tanto las exigencias de calidad del marco de vida, puede significar una pérdida de intensidad, al promover una percepción superficial, sin raíz afectiva. Así pues, a medida que se extiende el ámbito de contacto personal con el espacio, y por lo tanto aumenta la superficie vivida de la que depende nuestro bienestar, se dan pasos hacia un debilitamiento de la percepción, que refuerza precisamente el entendimiento del entorno como un mero decorado. El urbanita coloniza visualmente extensiones crecientes de territorio a través de su experiencia de trabajo, residencia y ocio; pero, si no aumenta sus recursos culturales al respecto, lo hace con una creciente inercia y apagamiento

2) Luginbühl (5) lo formula como “le droit de regard du citadin sur la campagne”, remitiendo a Hervieu y Viard (1996). Este último autor declara: “la campagne est [...] colonisée par les désirs urbains” (Viard, J. (1999). Entrevista en *Le Nouvel Observateur*, “La nouvelle Carte de la France”, 28 de octubre de 1999).

de su percepción. El paisaje rural se vacía y los grandes brochazos trazados por cualquier trayectoria vital desde la ciudad sustituyen a la mirada lenta, inspirada y paciente sobre el territorio.

De manera análoga, se registra la paradoja de la representación idílica: a medida que los paisajes de muchas áreas se ven lastrados por intrusiones y degradaciones varias, las imágenes que de ellos envían los medios (agencias, folletos, reportajes) tienden a ofrecer una estética más impoluta y primaveral, donde se prodigan los más complacientes clichés sobre la belleza de los lugares. Nadie quiere asumir una denuncia que perjudicaría al turismo o las marcas ligadas a una denominación de origen. La selección, técnicamente asistida, de vistas, encuadres y luces, acompañada a veces del expurgo de disonancias en sesión de tratamiento de imágenes, conduce a la producción de paisajes ficticios pero que adquieren carta de naturaleza en el imaginario colectivo, más habituado ya a percibir el mundo a través de pantallas que por observación directa. Como ha apuntado repetidamente Pierre Donadieu, la capacidad de nuestra sociedad para producir representaciones del paisaje (mediante cine, fotografía o literatura) ha adquirido total autonomía con respecto a nuestra capacidad para transformar el espacio (Donadieu, 2002). Debajo de ambas capacitaciones sociales se encuentran sistemas tecnológicos autónomos, que pueden operar divergentemente: una maquinaria de modificación radical del territorio coexiste con sutiles artificios de representación edulcorada.

En todo caso, se aprecian rasgos de lo que Giddens (1991: 26) define como “un entorno espacio-temporal transformado en el que el lugar ha quedado en gran medida desligado del espacio”. La fisonomía y significación de un determinado enclave, en una cultura cuyo sentido territorial se ha debilitado,

empieza a volverse independiente de conexiones con un espacio y una implantación; se presta a re combinaciones simbólicas flexibles, que permiten fabricar ambientes con independencia de los vínculos territoriales. Cierta desarraigo y superficialidad acompañan a esta mirada rápida y distraída a paisajes que desfilan como fondo ante las complejas coreografías sociales de la vida contemporánea. El *zapping* paisajístico facilitado por la creciente movilidad dota a los numerosos escenarios que se activan ante la vida contemporánea de una distraída fugacidad, una ausencia de espesor y peso.

En los apartados que siguen, se pretende acotar algunas dimensiones destacadas que caracterizan la praxis espacial, tanto en la producción como en la recepción del paisaje. Tres son los ejes que se recorren, mostrando sus posibilidades extremas y un campo intermedio de maniobra. Por un lado, la libre iniciativa, situada frente a lo disciplinario. Se consideran seguidamente dos modos principales y antagónicos de usar el espacio: consumo y contemplación. Finalmente, se repasa el dipolo propuesto por Lefebvre, quien opone al paisaje abstracto de la modernidad un paisaje representacional, esto es, figurativo, de la pre-modernidad y de la resistencia a lo moderno. Como se hace notar, todos los dipolos son ambivalentes. Estructurar el debate en las tres dimensiones propuestas (libertad-disciplina; consumo-contemplación; abstracción-figuración) facilita la deliberación sobre el espacio al explicitar los márgenes de maniobra disponibles.

1.2 LIBERTAD Y DISCIPLINA EN LA EXPERIENCIA DEL PAISAJE

La vía social, en relación con el espacio, ha estado tradicionalmente presidida por nociones como el control o el poder: si la conquista abre territorios, la ordenación impone

sobre ellos unos patrones de uso. Sólo la acción colectiva, de carácter a menudo jerárquico o autocrático, tenía el monopolio de imprimir huellas extensas, profundas y persistentes en el medio. La vía individual, en contraste, solía producir modestas manifestaciones espaciales (un huerto, una alameda, una roza, una cerca de piedra), y situaba su polo de acción principal en otros modos de ejercer el uso de lo espacial: la libertad de residir, la fuga. El individuo que se acogía al trato directo con el espacio se situaba en una órbita parcialmente fuera de la ley. Figuras aureoladas por la literatura, como la del pionero, el salteador, el contrabandista, el maquis, el cimarrón o el fugitivo, se estructuraban sobre narrativas de inmersión y deriva dentro de la inmensidad natural.

Contemporáneamente, esta oposición se ve turbada o invertida: el individuo, gracias al inmenso poder transformador de que dispone merced a la tecnología y los materiales, puede marcar intensamente el territorio. Se democratiza la capacidad de acción particular sobre el paisaje. Ello no significa que los individuos o las familias estén deliberadamente buscando introducir cambios de paisaje, sino que los efectos involuntarios de su actividad (por ejemplo, la decisión de cubrir con chapa de aluminio una nave ganadera) imprimen hondas huellas. Difícilmente puede romantizarse la acción sobre el paisaje de un solitario asentamiento contemporáneo: el rebelde que construye su casa de campo al margen de la ley no está, ciertamente, al margen del mercado. El bandolero social de ayer, el salteador de caminos y rebelde primitivo (Hobsbawm, 1959) compra hoy en Leroy Merlin. Los heroicos pioneros y los vaqueros solitarios construyen con pladur y chapa de aluminio. Y espacios como la costa de Cádiz, hechos a base de tolerancia y desenfado en el seno de una alegre anarquía territorial, se convierten en afflictivos acumuladores de plástico, alambradas,

chatarra y cochambre en torno a las viviendas ilegales al borde del mar.

La nueva configuración del dipolo tendido entre la espontaneidad y la disciplina espacial implica paradojas. En un momento en que el flujo de mercancías es más rico y caudaloso que nunca y parecen perder vigencia las aduanas tradicionales, se alzan a cada paso límites y trabas, antes inusitadas, para el tránsito personal. En el medio rural, los equipamientos son mostrencos, mundializados y de origen remoto; sin embargo, nunca se había visto una multiplicación tal de restricciones al paso. Los flujos de mercancías, extraordinariamente libres y penetrantes, contrastan con la clausura de un número creciente de parcelas y urbanizaciones, que se pertrechan con muros y alambradas. El debilitamiento de los tejidos sociales agrarios suscita una reacción defensiva compensatoria que eriza el campo con insólitas cercas de alambre. En todo caso, la antigua malla de fronteras, nacionales o interiores, se disuelve en una nueva y compleja geografía de la exclusión, vinculada a fenómenos de identidad y dinámicas escalares (Sibley, 1996; Newman y Paasi, 1998).

En el otro extremo, el de la acción colectiva, el debilitamiento de la jerarquía y la fragmentación del cuerpo social en grupos de moda y gusto ocasionan cierto grado de inhibición de la sociedad en su conjunto a la hora de tomar decisiones sobre el medio. Esta reserva deja un hueco que es ocupado por las empresas, bien en forma directa o a través de cabildeos que conducen a iniciativas públicas en su favor. Los embalses, las puestas en regadío, muchas reforestaciones y la concentración parcelaria son ejemplos de transformación radical del medio, tras de los cuales es frecuente percibir el impulso de un conjunto de profesionales o de empresas interesadas.

1.3 MODOS DE RELACIÓN CON EL ESPACIO: CONSUMO Y CONTEMPLACIÓN

David Harvey, en sintonía con otros autores, muestra cómo la acumulación capitalista contemporánea modifica la producción del espacio. En referencia a las ciudades, su forma habría dejado de estar moldeada por la actividad productiva para pasar a ser reflejo de los hábitos de consumo. Esta concepción de las ciudades como centros para el estímulo artificial del consumo (Harvey, 1975: 139) es extensiva a buena parte de los desarrollos en extenso que se registran en parques naturales, áreas residenciales y recreativas, espacios tematizados. Una parte considerable de los reclamos de visita a comarcas y pueblos se centra en la gastronomía.³ La visita a un parque natural se corona en una tienda de productos con denominación de origen. La experiencia del espacio gravita en torno a objetos que se compran o se comen en él. El paisaje se convierte en un gran hipermercado donde el viajero va llenando su carrito con fotos, productos y comidas. Y la satisfacción del comprador teje una malla de complacencia sobre la totalidad del espacio abarcado, que deja de ser atendido como objeto en sí -en la medida en que tal tarea es factible- para convertirse en un escenario sobre el que flota el brillo de las adquisiciones.

Un trato con el paisaje basado en la asimilación lenta de su carácter sigue siendo posible y demandado. La contemplación va más allá del apetito, superándolo y refinándolo en lo que éste tiene de impulsivo, localizado e impaciente. Más que una codicia mecánica por el objeto, se aspira a una relación desinteresada, totalizadora y de larga duración, que despliega los placeres de la imaginación y la memoria sobre extensos

3) Remitiendo involuntariamente a la sabrosa advertencia de Galdós en *Doña Perfecta*, “los ciegos serían felices en este país, que para la lengua es paraíso y para los ojos infierno”.

campos de atención. La emergencia de valores postmaterialistas en la cultura contemporánea puede aliarse con la insistencia, también actual, en la alteridad; precisamente, uno de los ingredientes principales de la contemplación es la paciencia, en la que puede reconocerse el esfuerzo por abrirse al tiempo de los otros (Chalier, 1992).

Un aliado del contemplar es el simple residir. Por el mero hecho de sujetar la experiencia cotidiana a un lugar de residencia, el espacio envolvente se convierte en objeto de interacción prolongada y potencialmente desinteresada. Ni en la más frívola centrifugación biográfica es posible sustraerse a los objetos que las paredes, las ventanas y los exteriores de un lugar de residencia ofrecen como materia de contemplación.

1.4 ABSTRACTO Y FETICHE: LO FIGURATIVO EN EL ESPACIO GEOGRÁFICO

El carácter abstracto de la modernidad, concepto que Ágnes Heller toma prestado a Hegel, implicaría un proceso creciente de uniformización, pues los elementos distintivos, que prestan su sabor al medio cultural, no serían sino “residuos de una forma de vida pre-moderna y todavía jerárquica” (Heller: 11). Esta línea de atención admite traducción paisajística. De forma esquemática, puede argumentarse que la interacción con el espacio que impone el orden moderno es abstracta en tanto que adelgaza el trato con el soporte geográfico hasta dejarlo reducido a un sistema de flujos y relaciones; y arrincona lo distintivo, que deja de ser un continuo fisionómico de diferencia y sabor local para quedar encapsulado como hito visitable.

Los planes exhaustivos de uso del suelo implican un modelo integral de intervención, que no deja en principio ningún elemento del paisaje sin tocar: la red viaria, el sistema

hidrológico, el parcelario, los cultivos y variedades son piezas de un sistema que devora el solar primigenio, poniendo en su lugar un tablero de juego para la explotación del espacio. La optimización y universalización de las técnicas de cultivo eliminan las diferencias locales. La toponimia se extingue, y es reemplazada por los números de identificación de parcelas. Los elementos construidos se producen en un mercado internacional y se instalan sobre el terreno como los bocadillos de una viñeta, al modo de apliques de quita y pon sin vinculación directa con la topografía o el clima. La nueva arquitectura rural es genérica, puede adquirirse en catálogos, y carece de conexiones obvias con el medio en que se implanta. En contraste, las permanencias que prestan distintividad al lugar son restos de una lógica anterior -la arquitectura popular y el ajuar rural antiguo- o ajena al orden moderno -las supervivencias y re-emergencias de lo natural: intersticios verdes, afloramientos rocosos y otras manifestaciones de una bio- y geodiversidad autónomas-.

Lefebvre desarrolla la dualidad entre unos espacios abstractos y no-representacionales, y unos espacios en los que es posible la representación o, dicho en términos pictóricos, la figuración, ¿de qué?: de los significados y símbolos compartidos por una sociedad.

El espacio moderno tiene en la *tabula rasa* una metáfora fecunda. Es el caso del urbanismo propugnado por Le Corbusier, con su insistencia en partir de cero, superando los accidentes del lugar para imponer trazados estandarizados; o la espacialidad implícita de la concentración parcelaria, que vacía un término municipal para colocar una malla de pistas y parcelas ajenas a la historia del territorio. Mick Smith señala la inevitable concatenación entre los atributos de abstracción, funcionalidad y repetición en los espacios generados por la

modernidad (Smith: 35). Tales espacios tienen una orientación instrumental, y en ellos se debilitan los anclajes históricos que concentran la carga simbólica y vivencial del territorio. El carácter del lugar es el resultado de la sedimentación social, que acumula significaciones y valores, y conforma desde dentro una distinción perceptible con respecto a otros lugares colindantes. En la configuración tradicional del espacio, la acumulación de elementos es dialéctica y paulatina; se produce en condiciones de equilibrio, con lo que la lentitud permite que los rasgos del lugar dejen de ser anécdotas para integrarse en una fisonomía o carácter del lugar, un carácter que se presenta de forma continua y modulada, variando sutilmente a medida que el viajero se desplaza, de tal forma que la distancia significa el cambio. Por el contrario, en los espacios abstractos, la diferencia se reduce a codificación; es una diferencia inducida a partir de un sistema de ordenación impuesto (Lefebvre, 1974). Llevada a su extremo la abstracción, la diferencia entre un lugar y otro es una mera cuestión de dígitos en un código de GPS.

En los no-lugares de Augé (1992) -espacios intercambiables, propicios a la vida anónima: medios de transporte, grandes cadenas hoteleras, superficies comerciales, campos de refugiados-, se agudiza la pérdida de vínculo entre las personas y el sitio; no hay apropiación, ni identificación, y es un patrón externo de racionalidad el que ordena las prácticas espaciales de la sociedad. Pero el vaciado inicial de tales espacios no evita, en un segundo movimiento, el llenado por ingredientes parásitos, inevitablemente reales y prolijos. Si entendemos los no-lugares como “espacio abstracto hecho concreto” (Smith: 38), en ellos se hace perceptible el peso concretizador de lo real, que subvierte con anécdotas que contienen un punto de desgarramiento la pretensión totalizadora de lo abstracto (el gorrión que se extravía en el

gimnasio; el haz de sol polvoriento en el hipermercado; los hierbajos en las grietas del patio del instituto).

La abstracción, llevada a la práctica como una especie de totalitarismo espacial, da lugar a excesos; el modernismo la ha implantado a veces como herramienta dominante en la organización territorial, dentro de una concepción meramente instrumental del espacio. Sin embargo, el mismo concepto entendido como método purificador parecía ofrecer a las sensibilidades de principios del s. XX, agobiadas por la cacharrería victoriana, un impulso de salud y claridad. Ya muy anteriormente, en su *Viaje a Italia*, en 1786, Goethe festeja su liberación al abandonar el chafarrinón goticista germánico y tener delante la claridad latina: “esto es ciertamente otra cosa que nuestros santos de la ornamentación gótica, apiñados como lechuzas en hilera sobre mensulitas; otra cosa que nuestras columnas en forma de pipa de tabaco, nuestras torrecillas puntiagudas y pináculos floreados; de ellos, a Dios gracias, ¡ya me he librado para siempre!”⁴ Evidentemente, lo abstracto ofrece pautas para elevar la percepción por encima de la anécdota o de la fijación obsesiva en puntos de deleite mecánico. El fetiche, como objeto de concentración o de bloqueo en la malla de la percepción, puede ser trascendido mediante el uso no instrumental de la abstracción. Cierta *naïf* de los núcleos turísticos y áreas rurales, que los abrumba con apliques ñoños, cartelería florida y arquitectura garrapiñada, ha de encontrar su contrapunto en una composición contenida y liberada de anécdotas. Hay una alternancia dialéctica entre la acumulación y el vaciamiento; la

4) “Das ist freilich etwas anderes, als unsere kauzenden, auf Kragsteinlein übereinander geschichteten Heiligen der gotischen Zierweisen, etwas anderes als unsere Tabakspfeifensäulen, spitze Türmlein und Blumenzacken; diese bin ich nun, Gott sei Dank, auf ewig los!” (Goethe: 88).

capacidad para la depuración y la visión abstracta concede al espacio cualidades valiosas.

La abstracción, como principio de organización espacial, parece por lo tanto mostrar rasgos ambivalentes. Suprimir lo concreto y lo local en aras de una optimización de usos y funciones, esto es, hacer un uso puramente instrumental de la abstracción, es lesivo en tanto que causa pérdidas irreparables en el carácter y la diferencia de los lugares. Sin embargo, mantener la percepción abstracta, desplegada en lo extenso, y trascender los deleites más crudamente comerciales o infantiles, permite a una sociedad refinar su cultura territorial. Por otro lado, las concreciones acumuladas por el paso del tiempo, si se ven pulidas y refrenadas por la constante negociación, contribuyen al carácter del lugar y ayudan a que los sitios tengan rostro.

2. LA DELIBERACIÓN SOBRE EL PAISAJE EN UN CONTEXTO DE FRAGMENTACIÓN RADICAL

Sobre la base de lo anterior, nada parecería predecir el reciente interés hacia el paisaje mostrado por la crítica y la acción pública. En una época cuyo centro es la seducción orientada al consumo, la multiplicación de alicientes rápidos y las imágenes tecnológicamente producidas, ¿qué demanda puede tener la calidad paisajística?

El tiempo en que nos adentramos, sea cual sea su caracterización, muestra el atributo de reflexividad, un concepto abanderado por notorios intérpretes de lo contemporáneo. Las bases de la modernización se ven obligadas a confrontarse con sus propias consecuencias; el progreso vuelve sobre sí mismo para cuestionar sus logros (Beck en Beck, Giddens y Lash, 1997: 19). El paisaje, como espejo donde se reflejan la fisonomía y la gestualidad de una sociedad, adquiere valor de emblema de tal condición reflexiva. Más allá del dictamen de los sistemas

expertos, la indicación directa ofrecida por el rostro del paisaje se convierte en elemento de juicio primordial en un contexto de pérdida generalizada de confianza en la autoridad. La salud de una sociedad se empieza a leer en la cara de su territorio: el paisaje.

Por un lado, frente al peso innegable del consumo como fundamento de la sociedad actual, surge inevitable la necesidad reequilibradora del otro término del dipolo, la contemplación. La pluralidad de visiones es compatible con la detección de un fundamento subyacente como fondo y sustento de lo percibido: el carácter del paisaje. Como en el Fausto, somos salvados de los vértigos mefistofélicos del consumo por el repliegue hacia un interior de auto-conocimiento donde nos aguarda Margarita.

Por otro lado, el capitalismo flexible que, para muchos, es uno de los rasgos más pertinentes de la condición postmoderna, presenta un atributo que ayuda a entender cierta preocupación actual por la calidad de los paisajes. La enorme volatilidad de capitales y recursos, asociada a nuevos modos de producción y oferta de servicios en red, permite a las empresas redistribuirse dinámicamente por el territorio. Si en un pasado reciente la generación de riqueza estaba lastrada por su propia inercia, que la obligaba a permanecer anclada a determinados puntos calientes de productividad (polígonos y nudos de comunicación), hoy se percibe una mayor agilidad en la instalación y fuga de capitales. Interviene en este punto la alta sensibilidad contemporánea a la imagen, esto es, la impronta superficial pero de consecuencias profundas que es suscitada por un determinado hecho. Un paisaje manifiestamente chirriante y desaliñado evoca asociaciones desfavorables y termina a la postre expulsando a las empresas y los residentes de mayor capacidad transformadora. Un

parque tecnológico desangelado y sórdido es una invitación a la fuga para todas las empresas con ambiciones. Un entorno míseramente degradado por décadas de corrupción y lucro desalienta las iniciativas sociales luminosas. Inversamente, el esmero paisajístico invita a la calidad en todas las esferas. Con arreglo a esta conjunción de causas -flexibilidad productiva creciente, y mayor sensibilidad a los efectos de la imagen- se explica que incluso en contextos en nada bendecidos por la finura de percepción se aprecie un interés creciente por cuidar, aunque sea sólo de forma epidérmica, el paisaje.

2.1 ÉTICA DISCURSIVA

La arquitectura, el urbanismo y el paisaje son enclaves de alta concentración ética y estética. Rasgo común de estas disciplinas es el que todas son artes de la forma extensa. La habitabilidad acarrea repercusiones de orden vital; levantar un edificio no es hacer una escultura. Por otra parte, la estética en espacios comunes tiene implicaciones morales: la belleza compartida es un impulsor de la convivencia.

Cualquier creador o gestor de estas artes de la forma extensa asiste a un incesante desbordamiento de categorías, donde la constante negociación debería ser una necesidad imperiosa. El enriquecimiento conceptual y las cautelas propias de la postmodernidad enriquecen aun más el panorama. La ética se complica con nuevas dimensiones al incluir lo ambiental y lo territorial: el mundo de lo no humano entra en consideración; se incorporan como agentes éticos las generaciones futuras; es preciso precaverse contra etnocentrismos involuntarios o mal disimulados.

Se ha argumentado, sin embargo, que la creatividad en estas disciplinas de la forma extensa debe seguir ejerciéndose sin inhibición, y es frecuente el siguiente razonamiento: si en el

pasado las grandes obras e intervenciones que hoy admiramos se llevaron a cabo implantadas libremente sobre lo preexistente, aunque ello acarreará derribos, talas o fuertes colisiones de estilo, ¿por qué no deberíamos actualmente gozar de la misma libertad, y planear nuevos edificios, trazados territoriales y proyectos con todo desenfado, sin dolernos por los contrastes iniciales o los sacrificios ambientales y patrimoniales requeridos? Este argumento es engañoso. La potencia de transformación contemporánea no tiene precedentes. En épocas anteriores, erigir obras de gran impacto (pirámides, acueductos) era una labor que requería una extensa coordinación social y enormes esfuerzos. Las limitaciones en cuanto a materiales y técnicas de construcción restringían el catálogo de formas y texturas disponibles; la lentitud y el esfuerzo obligaban a grandes consensos sociales. Actualmente, elevar una gigantesca nave ganadera con cubierta reflectante dentro de una finca particular es tarea que puede completarse en una semana; encerrar tras una alambrada impenetrable enormes extensiones de terreno es cosa igualmente fácil. Por ello, la ética de la intervención espacial contemporánea ha de incluir una norma de contención; la tecnología debe refrenarse y modularse con abundante crítica; la plena potencia transformativa no ha de desplegarse sin buenas razones para ello.

Un procedimiento en el que se establece formalmente la necesidad de impulsar una decisión colectiva sobre el espacio vivido es el de los llamados objetivos de calidad paisajística. Avalados por acuerdos internacionales,⁵ tienen complejos fundamentos sociales, dado que son extremadamente diversas las vivencias y expectativas asociadas con el paisaje. La intensa mediación tecnológica existente acentúa las diferencias entre

5) Entre otros, el Convenio Europeo del Paisaje.

unos y otros usuarios: el automóvil, la fotografía, entre otros medios, condicionan la recepción del paisaje. Existe, por otra parte, una densa organización social y mercantil subyacente, que es determinante en la relación entablada: no es igual asomarse al campo detrás de una escopeta que detrás de un arado. Añádase a ello que la íntima conexión entre paisaje y conciencia territorial hace que sean numerosos los factores de identidad que sitúan al paisaje en la base del sentimiento regional o del apego al hogar.

Los objetivos de calidad se fundamentan en principios asociados a la integridad de vida y el buen vivir, y, aunque su formalización teórica es incompleta, han sido descritos con ayuda de conceptos como el bienestar, tanto material como espiritual. Maderthaner (1995) distingue entre factores básicos, asociados a la mera subsistencia dentro de un hábitat, y factores específicamente humanos, en los que se condensan componentes sensoriales y espirituales. Entre los últimos, destaca las siguientes funciones:

- Recuperación o restablecimiento: acceso al sol y la luz, aireamiento, resguardo ante ruidos, desahogo espacial para la actividad corporal, ausencia de cargas contaminantes y de constricciones sociales.
- Privacidad y seguridad: aseguramiento de una esfera de intimidad, posibilidad de pasear sin riesgos.
- Funcionalidad y orden: disponibilidad de espacio, comodidad, practicidad, legibilidad, referencias claras de orientación.
- Comunicación, reconocimiento y participación: oralidad, ayudas mutuas, responsabilidad y capacidad de decisión sobre el medio, trabajo en común, satisfacción por los logros conseguidos, áreas de encuentro.

- Estética y creatividad: composición y aliño de fachadas y linderos, pulcritud de caminos y vistas.

Así pues, el sustento conceptual de los objetivos estriba en los grandes valores proporcionados por el paisaje. Tanto la biodiversidad como el desarrollo sostenible encuentran en el paisaje un exponente y un indicador permanente; a través de la experiencia del paisaje, los logros conseguidos en la política de conservación y de desarrollo se hacen visibles de la forma más elocuente y armoniosa: merced a su integración en el espacio vivido. En el paisaje se produce la síntesis de la actividad productiva y residencial, y los distintos sectores suman sus expresiones para configurar armonía o, en caso desfavorable, para exponer sus disfunciones. Por otra parte, la identidad del territorio se cifra en el paisaje, y la cooperación entre niveles administrativos y escalas territoriales se hace más fácil si las transiciones de paisaje son claras y consistentes.

Ante la necesaria tarea de deliberación a la que parecen convidar las políticas del paisaje y del medio ambiente, conviene buscar fundamento a las estrategias de participación acudiendo a una racionalidad comunicativa como la que reivindica Habermas; ésta ofrece respuestas a cierta parálisis e indiferencia que se derivan de la indefinición cultural contemporánea. Así como para Nietzsche y Heidegger el reconocimiento de que los fundamentos están perdidos desemboca en una ética interpretativa (Lyon: 98), volcada hacia los orígenes de la condición actual y empeñada en el establecimiento de genealogías, la ética discursiva puede orientar la atención hacia las tareas que cabe emprender juntos, estando por ello dirigida hacia el futuro.

En efecto, Habermas, con otros autores, preconiza una ética discursiva, una opción rica en sugerencias para la acción colectiva referente al paisaje y al medio ambiente

(Hanssen, 2001; O'Hara, 1996). Con ello se da el paso desde una racionalidad instrumental, basada en los fines, a una racionalidad comunicativa, basada en los procesos. Reducido a sus elementos, el programa trata de ofrecer pautas para la participación no sesgada y para el enriquecimiento de la deliberación colectiva. La negociación de valores y objetivos se plantea en el seno de una "situación ideal de habla" (Habermas, 1983) o una "comunidad ideal de comunicación" (Apel, 1973). Los entornos protegidos y los protocolos de discusión que conducen a este embrión de inteligencia colectiva pretenden evitar el predominio de la voz de los poderosos, el confinamiento del debate, y otras distorsiones del razonar compartido. Para ello se basan en la noción de que la vitalidad racional, el denso flujo de argumentos cruzados, el perfeccionamiento del saber gracias a la transparencia y otras conquistas plenamente compatibles con la actual difusión del conocimiento consiguen producir una selección gradual de comportamientos socialmente sabios.

En la esfera medioambiental, por ejemplo, las actitudes claramente destructivas están abocadas a perder supremacía discursiva, esto es, a tener escasa capacidad de persuasión. Pero para conseguir que el mero barrido argumental desarme las falacias interesadas es necesario que los flujos de comunicación y crítica sean densos. La única vía que tiene una conducta de abuso ambiental o de clara depredación paisajística para justificarse es el control de la información: una prensa al servicio de grupos de presión; una censura en pro de los beneficiarios; un encuadre limitado a un grupo de interés, donde otras voces no se hacen oír. En caso contrario, la libre circulación de la información está llamada a abonar la causa ambiental o paisajística, pues se hace transparente que una conducta eco-hostil implica el beneficio de una minoría a expensas de todo el

resto, o hipoteca el futuro perjudicando a los más jóvenes. En un contexto ideal de interacción cognitiva, la voz que aboga por lo más armonioso ha de ser la más elocuente.

El establecimiento de una comunidad ideal de comunicación es un requisito para el que se cuenta actualmente con condiciones más favorables que hace décadas. El florecimiento masivo de las tecnologías de comunicación democratiza la producción y transmisión de informaciones. La red, una vez filtradas las distorsiones comerciales, puede ofrecer una plataforma universal y gratuita para el movimiento de datos y de crítica. La observación por satélite de toda la superficie de la tierra, la facilidad con que se registra en fotos el cambio del paisaje, la flexibilidad y potencia de las herramientas cartográficas: todo ello permite una vigilancia y comprensión acrecentada sobre el paisaje. Evidentemente, hay riesgos de que la comunicación en torno a ello deje de lado a grandes bolsas de población. La vulnerabilidad se extiende a distintos excluidos: capas marginales, los iletrados electrónicos, las generaciones venideras, las especies no humanas. Si ninguno de ellos está incorporado al círculo de comunicación, ¿de qué modo pueden sus intereses verse representados?

Por ello es necesario profundizar en los recursos que permitirían aproximar la actual esfera pública a una comunidad ideal de comunicación. En el caso del paisaje, son de alto valor determinados instrumentos que ayudan a concretar la discusión, permitiendo visualizar las opciones disponibles y evitando pseudo-problemas de raíz terminológica o confusiones interesadas. Una clara metodología de participación debe facilitar el acceso más amplio a todas las etapas de la política del paisaje, apoyándose en tecnologías de divulgación e ilustración. La cartografía temática y otros utensilios de visualización del espacio son piezas importantes

a la hora de concretar contenidos y evaluar opciones. Los glosarios y manuales de interpretación pueden proporcionar a un público más extenso ingredientes para fundamentar mejor sus preferencias. Por otro lado, son importantes los esfuerzos encaminados a mostrar la pluralidad de escalas, encuadres y funciones que intervienen en la fijación de la forma territorial; el sentimiento patrimonial que algunos grupos tienen acerca del espacio rural, como algo que les pertenece en exclusiva, puede ser contrarrestado con la progresiva entrada en escena de otros usuarios invisibles, que enriquecen la discusión y rompen el monopolio discursivo.

En todo caso, la inesperada eclosión de una extendidísima red de comunicación universal, en la que un segmento de población más amplio que nunca puede aportar contenidos y editarlos, es un factor que hace más verosímil aun la operatividad de la propuesta habermasiana. A la política tradicional iría reemplazándola en parte una subpolítica (Beck en Beck, Giddens y Lash: 33) activada merced a una tupida red de deliberación (internet) sobre la que prosperan nuevos modos de acción colectiva.

2.2 ESTÉTICA EMPÍRICA

La condición moderna, en especial la urbana, conduce a una enorme intensificación de nuestra vida sensorial, sacudida constantemente por nuevos estímulos. Los intersticios de la acumulación favorecen una estética apresurada y de subsistencia, basada en la rápida degustación de bocados que azarosamente se nos ofrecen. La intensificación es un fenómeno evidente: estamos expuestos a innumerables momentos de confrontación estética, a través del omnipresente diseño, o de la reproducción masiva de obras de arte en los medios. Sin embargo, la intensificación esconde “un empobrecimiento

cuantitativo de nuestra experiencia” (Ginzburg: 36). ¿En qué consiste tal fenómeno? El debilitamiento se manifestaría en varios frentes principales, que se describen seguidamente en abreviadísimo esquema. Por un lado, la estética pierde frescura, al automatizarse la percepción. Por otro lado, se consagra el mimetismo como vía de creación. La capacidad integradora se debilita, debido al hábito de disfrutar de dosis constreñidas a una pantalla o a un envoltorio de regalo. Finalmente, prolifera la dogmática y el tono expeditivo-triunfal, tomados en préstamo del discurso publicitario.

En primer lugar, podría argumentarse que la facilidad con que se superponen imágenes las devalúa, al eliminar la lenta digestión perceptiva que debería acompañar a la experiencia estética. La profusión visual, la repetición de formas y sus copias incesantes hacen que los objetos presentados pierdan el atributo de lo no familiar: se prestan en cambio a una percepción automatizada, similar a la del jugador de azar ante la máquina. Precisamente es la automatización de los actos perceptivos aquello que el arte debe combatir, con arreglo a la célebre hipótesis de Shklovsky:

La finalidad del arte es comunicar la sensación de las cosas, no tal como son conocidas, sino tal como son percibidas. La técnica del arte es la de volver extraños [*unfamiliar*] los objetos, hacer que las formas sean laboriosas, incrementar la dificultad y duración de la percepción, dado que el proceso de percepción es un fin estético en sí mismo y debe ser prolongado. El arte es una vía para experimentar el carácter artístico [*artfulness*] de un objeto; el objeto no es lo que importa (Shklovsky: 12).

Por otra parte, la situación contemporánea conduce a una estética de mimesis superficial,⁶ alimentada por el mercado y los medios de masas, que se nutre de las formas fugaces ofrecidas por la pantalla y que tiende a imitar simulacros y apariencias, sin comprobación personal y demorada de lo que se ofrece. La moda, en su incesante flujo y reinención, debilita las condiciones para una relación vivida con los objetos y los entornos. Si bien es cierto que, en el pasado, la mimesis era importante, ello no impedía que la imitación se basara al menos en una contemplación detenida del modelo. El maestro de obras que reproducía en la aldea algo visto y admirado en la ciudad había pasado su lenta mirada peatonal en derredor de la obra imitada. No así en el caso de los chalés, aparatosos de saledizos y balaustradas, que surgen a imitación de ciertos fondos de película nórdicos o californianos. O en el caso de una estética paisajística que tiene abundante curso legal en nuestra sociedad, y que se nutre de imágenes televisivas y publicitarias, construyendo sus ideales formales a partir de un irreal paisaje cosmético, vagamente ensamblado a base de praderas alpinas y oasis arábigos.

Un fenómeno paralelo es el que en otros textos hemos denominado “miopía hacia las escalas grandes” (Riesco Chueca: 71), fenómeno que cabría describir como una atrofia de la estética de lo extenso. Una gran conquista estética es la capacidad para controlar los deslizamientos de escala, combinada con el don del distanciamiento o extrañamiento, que permite abstraer y enlazar mediante libre interpretación los elementos recibidos a través de los sentidos. La actual tecnología nos envuelve por completo, y nos sumerge en un mar de estímulos apenas coordinados. Es muy difícil tomar

6) A diferencia de la mimesis basada en la comprobación vivencial y comunitaria, que se ensalza más abajo como fundamento de una estética empírica.

distancia entre tantas llamadas simultáneas. Dado que la competencia comercial es el conducto principal que inyecta imágenes en el entorno, y que éstas se administran en dosis cuyo formato es compacto, nuestra atención se especializa en pasar de uno a otro contenedor de imágenes: de una pantalla a otra; de un envoltorio de regalo a un monumento iluminado; de un escenario a un escaparate; de un museo a un parque temático. La recepción se hace por cápsulas y la atención salta de una a otra sin divagaciones intermedias. Entre todos, la pantalla es el contenedor dominante, y el molde y modelo universal; allí todo es piel, instantaneidad e imagen. Adiestrados en la lectura atenta de pantallas, y capacitados para saltar de una pantalla -metafóricamente entendida- a la siguiente, no ha de sorprender nuestra progresiva incapacidad para la percepción y disfrute de armonías extensas, que exigirían sosiego y minuciosidad para la degustación del conjunto. Por un lado, el constante bombardeo de estímulos audiovisuales debilita las condiciones para el asombro, ingrediente importante que dota de intensidad a la percepción paisajística. Por otro lado, el disfrute de paisaje requiere cierta capacidad de integración temporal y espacial de lo percibido.

La interpretación integrada de los objetos, en efecto, precisa de cierta agilidad para percibir a distintas escalas y de un elemento que la tecnología contemporánea tiende a volver obsoleto, la memoria. En tanto que conocimiento transportable, la memoria vincula al cuerpo y a la individualidad unos saberes que dejan de flotar en el limbo de las bibliotecas o de la red para asociarse a la vida personal. Sin memoria, los elementos de un gran conjunto se achatan, al volverse imprecisas las asociaciones, unas asociaciones que exigen recorrer con alguna agilidad los extensos archivos de la historia humana y natural, en un doble movimiento a través de tiempo y espacio.

En el plano sincrónico, los placeres de la comparación, del cotejo entre paisajes, la referencia cifrada que cada lugar hace a otros. En el plano diacrónico, la capacidad para pasar del puro instante al gran océano temporal, que se constata como raíz en el haiku oriental y en la poesía occidental de la naturaleza; debilitada la memoria y embotada la capacidad de confrontación entre lo instantáneo y lo perdurable, se anula este fundamento poético del placer paisajístico. En un viaje de invierno a Ronda, hacia 1913, Rilke da forma elegantísima a dicha dualidad al contemplar unos almendros en flor: “Sin fin admiro en vosotros, bienaventurados, vuestra manera / de llevar el efímero ornato con sentido de lo eterno”.⁷

Una última causa de deterioro es la que cabría denominar estética dogmática. El punto de partida de tal estética es la vigorosa pugna de auto-afirmación de las vanguardias. Sobre la base del puro entusiasmo, o propulsados por la arrogancia, sin comprobación alguna, van editándose manifiestos que consagran axiomas estéticos. En su forma más noble, tales consignas son voces que aspiran a sacudir la sensibilidad adormecida de una burguesía de la que los artistas se sienten, con no poca auto-indulgencia, infinitamente lejanos. Ciertamente, los más grandes entre los creadores han sabido matizar y añadir riqueza a la escueta detonación de las proclamas. Pero los gregarios han hecho suyos estos dogmas de diverso origen tomándolos literalmente como receta de producción seriada. Son numerosos los ejemplos de tales excesos, desde la “machine à habiter” de Le Corbusier, en 1925, hasta el “ornament and crime” de Adolf Loos, o el “less is more” de Mies Van der Rohe. Muchos de ellos surgen de silogismos abstractos, o de entusiasmos tecnológicos mal digeridos; en su enunciación

7) “Unendlich staun ich euch an, ihr Seligen, euer Benehmen, / wie ihr die schwindliche Zier traget in ewigem Sinn” (Rilke: 829).

se hace patente la convergencia entre arte y publicidad, viniendo a ocupar ciertos manifiestos y consignas el lugar de los eslóganes comerciales. También pesa en tales excesos declarativos la transfusión acrítica de afirmaciones desde una a otra arte: la arquitectura juzgada con parámetros de escultor; el diseño industrial convertido en guía para la edificación; la vanguardia -concepto militar- transferida al arte, y procesos similares. En toda esta producción de dogmas, se está generando una estética sin depuración vivencial ni pulimento social. Ello permite, a medida que se debilita la esfera pública, evoluciones como la que conduce desde “el impulso creativo de las vanguardias estéticas modernas” hasta “las casas-cárcel de los bloques de vivienda y los proyectos urbanísticos de los años sesenta” (Lash en Beck, Giddens y Lash: 140); o desde los entusiasmos anti-burgueses de la pintura abstracta hasta la estabulación de los cuadros cubistas en oficinas de rascacielos o en exangües museos.

Puede atisbarse como fundamento común a estos fenómenos, revisados aquí como potenciales desviaciones de la estética, la intensa mercantilización del arte. El consumo se impone como cauce principal de agregación social, favoreciendo la eclosión de nichos de gusto y moda. El prestigio de posesión se hace más importante, a la hora de justificar el objeto estético, que sus valores tal como son vividos en la larga duración. La argumentación de los artistas y el diseño de sus creaciones adoptan maneras propias de la publicidad de impacto: lo buscado es conseguir la atención en medio del tumulto de voces. La provocación, a la que algunas interpretaciones favorables quieren atribuir una intención principal, romper los automatismos perceptivos, puede entenderse en la mayoría de los casos como una estrategia mercantil. Escandalizar para capturar la atención es una

fórmula incesantemente repetida por el arte y por la publicidad. Pero difícilmente podrá mantener su prestigio rompedor el gesto sacrílego, el desplante del contraste: el mercado es más rápido que la transgresión; y lo que efímeramente choca, se convierte en producto homologado y automatizado a través de la distribución comercial. Las tácticas de descentramiento y desestabilización propias de las vanguardias, si por una parte han conseguido refrescar y estimular la percepción, por otra parte despegan al objeto artístico de su contexto social y lo dotan de la movilidad, abstracción e intercambiabilidad propia del papel moneda.

Se impone reformular la búsqueda estética, apoyando sus conclusiones en la indagación empírica. La búsqueda de posibilidades experimentadas y comunicadas de bienestar, la destilación lenta de opciones de vida, la sedimentación sensorial: son modos de valoración empírica que se apoyan, no en grandilocuentes silogismos de mandíbula apretada sino en la progresiva constatación individual y colectiva. El ajuste del espacio vivido para optimizar la calidad sensorial de las rutinas diarias es una tarea humilde pero rica en posibilidades comprobables. La búsqueda del sitio donde colocar una silla para tomar el fresco a la puerta de una casa; la distribución de canteros y plantas en un huerto familiar; los protocolos de apertura y cierre de persianas y cortinas en una casa durante el verano; el riego al atardecer de un patio: todas ellas son prácticas espaciales dominadas por el saber empírico, que se alimenta de la comprobación vivida, a solas o mediante intercambio social. En estos ajustes se concreta por la vía menos ostentosa una búsqueda de la vida buena, en el sentido, también moral, de la armonía y del auto-conocimiento.

Tal propuesta puede ponerse en relación con la referencia a Nietzsche y Adorno, quienes “invertieron la jerarquía platónica

de lo conceptual y lo mimético” (Lash en Beck, Giddens y Lash: 168). Aunque ambos pensadores siguen caminos diferentes en su teorización de lo estético, en los dos se perciben reticencias sobre la mediación conceptual, esto es, el hecho de que sean universales abstractos los que guíen el proceso de creación. La mayor flexibilidad creativa que confiere el aprendizaje a partir de lo próximo y de lo vivido, la mera influencia icónica, es un argumento poderoso a favor de la vía mimética. Sin embargo, como se argumenta más arriba, la mimesis que pasa por los filtros de la experiencia cotidiana y colectiva es superior a una imitación o influencia basadas en el mero contagio cultural; en un momento en que afluyen innumerables imágenes y estilos a la esfera pública, y que muchos de ellos no pueden ser comprobados vivencialmente, es precisa cierta contención y cierto aplomo para superar el estadio del simulacro.

En breve, si la estética de un valor de cambio es propicia a lo dogmático (pues la euforia comercial requiere consignas breves como relámpagos), la estética basada sobre el valor de uso se apoya sobre procedimientos empíricos. Es ésta la relación que reivindica Brecht en su célebre poema: “De todos los objetos, los que más amo / son los usados. / Las vasijas de cobre con abolladuras y bordes aplastados, / los cuchillos y tenedores cuyos mangos de madera / han sido cogidos por muchas manos. Éstas son las formas / que me parecen más nobles. / Esas losas en torno a viejas casas, / desgastadas de haber sido pisadas tantas veces, / esas losas entre las que crece la hierba, me parecen / objetos felices.” (Brecht, 1995).⁸

8) “Von allen Werken, die liebsten / Sind mir die gebrauchten. / Die Kupfergefäße mit den Beulen und den abgeplatteten Rändern / Die Messer und Gabeln, deren Holzgriffe / Abgegriffen sind von vielen Händen: solche Formen / Schienen mir die edelsten. So auch die Steinfliesen um alte Häuser / Welche niedergetreten sind von vielen Füßen, abgeschliffen / Und zwischen denen Grasbüschel wachsen, das / Sind glückliche Werke” (Brecht, B. (1997). *Gesammelte Gedichte*, Vol. 1. Fráncfort:

Conseguir un buen paisaje requiere afianzar los fundamentos empíricos de su calidad. La opinión de quienes viven en el espacio o tienen relación afectiva con él es por lo tanto esencial a fin de dotar de solidez a la argumentación.

3. DISCURSIVIDAD Y EMPIRISMO EN EL CARÁCTER PAISAJÍSTICO

Ambas corrientes de atención a lo espacial, una ética discursiva y una estética empírica, pueden aplicarse a un concepto que numerosos encuadres metodológicos consideran central en la discusión territorial: el carácter paisajístico. El paisaje ha pasado, en la evolución reciente de la materia, de ser considerado un fenómeno preferentemente visual a entenderse como una íntima y compleja relación entre las personas y el lugar (*people and place*), y como un agente unificador entre disciplinas de análisis del espacio. La insistencia en el contenido relacional del concepto de paisaje, entendido por tanto no como un objeto sino como una relación o un sistema, ya estaba presente en numerosos estudios teóricos anteriores. Como tal, el paisaje es resultado de numerosas entrefases, siendo a la vez subjetivo y objetivo, natural y cultural, ideal y material, individual y social. Así pues, cualquier teoría integradora del paisaje ha de ser capaz de rendir cuentas de esta aparente dualidad entre lo real y lo representado, la naturaleza y la sociedad, las formas y los procesos, la constricción física y la representación psicológica, el espacio y la imagen: dualidad que se resuelve en el seno de conceptualizaciones más amplias y ágiles.

El carácter paisajístico es un patrón diferenciable y reconocible de elementos que se presentan de forma consistente en un paisaje (Swanwick, 2004); como herramienta

Suhrkamp).

descriptiva, el concepto de carácter ofrece una sedimentación de percepciones procedentes de distintos campos cognitivos y vivenciales que dotan de unicidad al lugar y lo diferencian de otros lugares. El carácter se ha asemejado a conceptos anteriormente usados como la atmósfera del lugar o la fisonomía del paisaje; pero, en la praxis, amplía y precisa el alcance de su aparente vaguedad. Los valores y significaciones asociados a cada lugar son complejos, plurales y en gran medida escurridizos; sin embargo, el concepto de carácter paisajístico intenta ordenar, gracias a copiosos flujos de información y análisis, esta riqueza, detectando en ella un patrón reconocible, una solidez relacional que compone la signatura propia y la unicidad de cada lugar. El carácter no se sitúa exclusivamente ni en el pasado ni en el futuro, sino que evade la cuestión intentando mostrar la vocación plena del lugar, su singularidad basada en los potenciales demostrados por la historia del lugar o pendientes de activación mediante consenso social. Es aplicable al carácter paisajístico el empeño propugnado por Lash (en Beck, Giddens y Lash: 181) al pronunciarse en favor de una hermenéutica de la recuperación: “[la sociedad,] en lugar de maravillarse ante el libre juego del significante, modestamente «mirará debajo» de ese significante para acceder a los significados compartidos que son las condiciones de existencia, es más, que *son* la misma existencia del «nosotros»”.

Puede entenderse a la luz de la ética discursiva esta búsqueda racional de un procedimiento para fijar las formas y las evoluciones de los espacios vividos. Una esfera pública vigorosa, a la que afluyen voces representativas de la inmensa pluralidad de usos que ofrece potencialmente el espacio, debe suscitar el afloramiento de valores que permitan hacer una política coherente y sensible del territorio. De ahí la necesidad

de refinar la agudeza crítica de la sociedad en lo tocante a las transformaciones y evoluciones del espacio. Mejorar el conocimiento, disponer de una terminología ágil y rica en matices, ser memoriosos y perspicaces acerca de los cambios experimentados: todo ello es esencial para nutrir nuestra cultura espacial.

Gracias a la pluralidad de usos e intereses que se concitan en torno al paisaje (ornitólogos, excursionistas, arqueólogos, filólogos, botánicos, etnógrafos, deportistas, cazadores, residentes y viajeros) se puede alcanzar una situación que cabría definir como panóptico invertido; en vez de los mil ojos de una autoridad que rodea como atmósfera controladora al individuo confinado, se pasa a una sociedad de múltiples miradas que sitúa en el centro de observación el espacio geográfico, tutelado por todos como escenario de juegos plurales y compatibles.

Por otra parte, en el plano de la producción de paisajes, la arbitrariedad del artista queda amortiguada por la demanda de congruencia con un carácter del lugar. Los excesos del yo creativo deben pasar por el tamiz de una detallada negociación con el lugar. Actualmente muchas obras arquitectónicas en ubicaciones ricas en patrimonio o paisaje creen haber satisfecho sus obligaciones con el contexto merced a algún mínimo gesto -una línea de coronación evocadora del perfil de una montaña próxima; la reinterpretación minimalista de algún motivo dominante de la edificación preexistente; la transcripción neo-cubista de las formas del caserío tradicional; una leve alusión cromática a los tejados o a las paredes-. Congraciarse con el lugar, en las actuales condiciones de exigencia, sale demasiado barato; la complacencia colectiva hace que se declaren admirables y sutiles en integración obras que apenas han hecho ningún esfuerzo por comprender el entorno. El concepto del carácter del lugar acrecienta las obligaciones para

con el contexto, al imponer una toma en consideración más compleja y orquestada, más basada en un consenso social y en unos valores compartidos.

Más allá de una frívola aquiescencia con el espíritu del lugar, y más allá de la acumulación ciega de elementos discordantes, la política del espacio debe enriquecerse culturalmente a través de la crítica y la comunicación. Multiplicar los actos de interpretación, abrir áreas nuevas de debate, densificar el sustento intelectual y sensorial de las actuaciones: son ingredientes imprescindibles para una relación renovada con el entorno espacial, entendido no como decorado dócil sino como escenario pleno donde la vida humana despliega sus potenciales.

OBRAS CITADAS

- Apel, K.O. (1973). "Das Apriori der Kommunikationsgemeinschaft und die Grundlagen der Ethik". Ed. K.O. Apel. *Transformation der Philosophie*, vol. 2. Fráncfort del Meno: Suhrkamp: 358-435.
- Augé, M. (1992). *Non-Lieux: Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. París: Seuil.
- Baudrillard, J. (1972). *Pour une critique de l'économie du signe*. París: Gallimard.
- (1981). *Simulacres et simulation*. París: Galilée.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1997). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Trad. J. Alborés. Madrid: Alianza.
- Brecht, B. (1995). *Poemas y canciones*. Trad. J. López Pacheco y V. Romano. Madrid: Alianza Editorial.
- Chalier, C., ed. (1992). *La Patience: passion de la durée consentie*. París: Autrement.
- Craib, I. (1989). *Psychoanalysis and social theory*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf.
- Donadieu, P. (2002). *La société paysagiste*. Arles - Versailles: Actes-Sud/École nationale supérieure du paysage.
- Douglas, M. (2002). *Purity and Danger: An Analysis of Pollution and Taboo*. Nueva York: Routledge.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and Self - Identity: Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity Press.
- Ginzburg, C. (2001). *Ojazos de madera*. Trad. A. Clavería. Barcelona: Península.
- Goethe, J.W. von (1988). *Italienische Reise*. Múnich: DTV Klassik.

- Habermas, J. (1983). "Diskursethik - Notizen zu einem Begründungs-program". Ed. J. Habermas, *Moralbewusstsein und kommunikatives Handeln*. Berlin: Suhrkamp: 53-125.
- Hanssen, B.L. (2001). "Ethics and landscape: values and choices", *Ethics, Place and Environment*, 4(3): 246-252.
- Harvey, D. (1975). "The political economy of urbanization in advanced capitalist societies: the case of the United States". Ed. G. Geppert y H. M. Rose. *The Social Economy of Cities*. Beverly Hills: Russell Sage: 119-163.
- (2000). "Capitalism: the factory of fragmentation". Ed. J. T. Roberts y A. Hite. *From modernization to globalization: perspectives on development and social change*. Oxford: Blackwell Publishers: 292-297.
- Heller, Á. (2000). *Historia y futuro*. Trad. M. Gurguí. Barcelona: Península.
- Hervieu, B. y Viard, J. (1996). *Au bonheur des campagnes (et des provinces)*. La Tour d'Aigues: Edition de l'Aube.
- Hobsbawm, E.J. (1959). *Social Bandits and Primitive Rebels*. Glencoe: Free Press.
- Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Lorimer, H. (2005). "Cultural geography: the busyness of being 'more-than-representational'". *Progress in Human Geography*, 29: 83-94.
- Luginbühl, Y. (2001). "La demande sociale de paysage", *Conseil National de Paysage. Rapport de la séance inaugurale*. París: Ministère de l'Aménagement du Territoire et de l'Environnement: 7-29.
- Lyon, D. (1996). *Postmodernidad*. Trad. B. Urrutia. Madrid: Alianza.

- Maderthaner, R. (1995). "Soziale Faktoren urbaner Lebensqualität". Ed. A.G. Keul. *Wohlbefinden in der Stadt: Umwelt- und gesundheitspsychologische Perspektiven*. Weinheim: Beltz Psychologische V.U.: 172-197.
- Newman, D. y Paasi, A. (1998). "Fences and neighbours in the postmodern world: boundary narratives in political geography", *Progress in human geography*, 22:186- 207.
- O'Hara, S.U. (1996). "Discursive ethics in ecosystem valuation and environmental policy", *Ecological Economics*, 16: 95-107.
- Oelschlaeger, M. (2001). "Ecosemiotics and the sustainability transition", *Sign System Studies*, 29-1: 219-236.
- Riesco Chueca, P. (2003). "Estéticas privadas y estéticas públicas en la producción y consumo del paisaje rural". Ed. J. Fernández Lacomba, F. Roldán Castro y F. Zoido Naranjo. *Territorio y patrimonio. Los paisajes andaluces*. Granada: Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico: 58-75.
- Rilke, R.M. (1995). *Die Gedichte*. Fráncfort del Meno: Insel.
- Rolston, H. III (1988). *Environmental ethics*. Philadelphia: Temple University Press.
- Schein, R.H. (1997). "The place of landscape: a conceptual framework for interpreting an American scene", *Annals of the Association of American Geographers*, 87-4: 660-680.
- Shklovsky, V. (1965). "Art as Technique". Ed. L.T. Lemon y M.J. Reiss. *Russian Formalist Criticism: Four Essays*. Lincoln: U. of Nebraska Press: 3-24.
- Sibley, D. (1996). *Geographies of exclusion: society and difference in the West*. Nueva York: Routledge.

- Smith, M. (2001). "Repetition and difference: Lefebvre, Le Corbusier and modernity's (im)moral landscape", *Ethics, Place and Environment*, 4: 31-44.
- Swanwick, C. (2004). "The assessment of countryside and landscape character in England: an overview". Ed. K. Bishop y A. Phillips, *Countryside Planning*. London: Earthscan: 102-124.
- Terkenli, T.S. (2005). "New landscape spatialities: the changing scales of function and symbolism", *Landscape Urban Planning*, 70: 165-176.
- White, S.K. (1991). *Political Theory and Postmodernism*. Nueva York: Cambridge University Press.